

La guerra contra Iraq representa a escala regional la apertura de un nuevo ordenamiento geopolítico que afectará a todo el espacio árabe, a sus pueblos y a sus recursos; y a nivel internacional, el desmoronamiento del sistema legal que ha regido las relaciones internacionales desde hace más de 50 años

IRAQ, LA GUERRA DECIDIDA

MIENTRAS los inspectores de Naciones Unidas (NNUU) continúan con sus operaciones de registro en instalaciones sospechosas de albergar o fabricar armas de destrucción masiva, EEUU eleva el tono de sus amenazas contra el régimen de Bagdad y refuerza sus bases militares en la región del Golfo. Aun cuando, a mediados de enero de 2003 —en el momento de cerrar este nuevo número de *Nación Árabe*— las inspecciones no habían podido demostrar que Iraq haya desarrollado el tipo de armamento que los servicios de inteligencia estadounidenses y británicos afirman que tiene, la estrategia prebélica de Washington ha seguido su curso con el apoyo tácito o manifiesto de numerosos Estados de la región y del mundo.

Cuando aún no se ha producido, decidido por EEUU con anterioridad a los sucesos del 11 de septiembre (11-S) de 2001, el asalto final contra Iraq que se ultima ha constituido en los dos últimos años un ejercicio de planificación multifacético (mediático, político, económico y militar) que ejemplifica, a efectos prácticos, la reinstauración formal del sistema imperial a escala planetaria bajo la hegemonía de EEUU.

Una vez *legitimada* la nueva doctrina militarista de “Guerra Preventiva” tras la de “Guerra global contra el terrorismo” abierta por la Administración Bush en Afganistán, con la preparación de la intervención contra Iraq EEUU ha puesto al descubierto sin

rubor sus ambiciones imperialistas y su determinación de ejecutarlas abriendo, vía militar, una amplia remodelación que afectará no solo al futuro de Iraq sino al conjunto del Oriente Medio árabe. Con ello, EEUU reproduce explícitamente el modelo colonial que a comienzos del siglo XX sumió a los pueblos árabes y a sus aspiraciones nacionales de soberanía e independencia bajo la dominación política, económica y militar de potencias extranjeras. La Historia se repite —ahora de nuevo como tragedia para los árabes— y ochenta años después EEUU pretende consolidarse, como no pudo hacerlo entonces ante la preeminencia de Gran Bretaña y Francia, como potencia hegemónica más allá de sus fronteras, una aspiración que, insuflada por todas las Administraciones, desde la de Wilson hasta las de Clinton, ha marcado la política exterior de EEUU en los últimos decenios.

La dinámica abierta contra Iraq por la Administración Bush significará, en sus consecuencias, el desmoronamiento —sin objeción real de la comunidad de Naciones— del sistema legal que ha regido las relaciones internacionales desde hace más de 50 años. Ello es relevante no solo por lo que significa en cuanto a la quiebra de un orden que, por lo demás establecido por las potencias occidentales emergentes tras las dos guerras mundiales del siglo XX, ha beneficiado fundamentalmente a sus intereses hegemónicos, sino porque anula de

hecho todas las normas legales que garantizaron desde entonces la inviolabilidad de las fronteras y los principios de independencia y soberanía de los Estados.

Para ello, ha resultado extraordinariamente operativo que, en el momento en que EEUU atraviesa un declive económico sin precedentes, confluyera en el seno de la Administración Bush una élite política que se define, en lo ideológico, por el más rancio neoconservadurismo fundamentalista cristiano estrechamente asociado al *lobby* sionista en su defensa del Estado de Israel y, en lo económico, por estar directamente vinculado al sector de las grandes corporaciones multinacionales del petróleo y de la industria militar estadounidense. El vicepresidente Dick Cheney, el secretario de Defensa Donald Rumsfeld, su vicesecretario, Paul Wolfowitz, y el conjunto de asesores y *expertos* que definen las directrices políticas y militares de EEUU conforman el núcleo duro de una Administración que, identificada plenamente con las doctrinas del neoliberalismo y de la globalización capitalista impulsadas ya por sus antecesores inmediatos Clinton y Bush-padre, defiende a ultranza el control económico internacional mediante la abierta y directa dominación militar. En esta actualización del papel de EEUU como potencia hegemónica internacional existen también quienes, como el secretario de Estado Collin Powell, tratan de tamizar en las esferas diplomática y mediática internacionales, este abierto intervencionismo político, económico, cultural y militar con el cínico discurso de la defensa de la “democracia y liberalismo”.

REORDENAMIENTO REGIONAL

La guerra contra Iraq representa a escala regional la apertura de un nuevo ordenamiento geopolítico que afectará a todo el espacio árabe, a sus pueblos y a sus recur-

sos. Las filtraciones acerca del proyecto de remodelación del mapa de Oriente Medio que la Administración Bush pretende imponer una vez ocupado Iraq no ocultan —en sus diversas versiones— la plasmación de un modelo de intervencionismo directo, puro colonialismo actualizado, que, además de la presencia militar, combina redefinición político-territorial, mediante la creación de nuevas fronteras y nuevas entidades basadas en criterios confesionales y étnicos, con sometimiento económico a través de la inserción de recursos, economías y mercados en el sistema neoliberal globalizado, además del control social de las poblaciones, que están abocados a ser pasivos productores y ávidos consumidores.

Así, el proyecto de Asociación EEUU-Mundo Árabe (en inglés *US-Middle East Partnership*), hecho público el pasado 12 de diciembre por el secretario de Estado de EEUU Powell¹, constituye la iniciativa más ambiciosa de la política de recolonización estadounidense para el mundo árabe tras el fracaso en la consolidación del “Nuevo Orden Regional” —la denominada también *Pax Americana*— que pretendió imponer para la zona la Administración Bush-padre tras la Guerra contra Iraq de 1991. Dotado con un presupuesto inicial de 29.000 millones de dólares durante el primer año, el programa se define en tres pilares de intervención para imponer un proceso de reformas políticas, económicas y educativo-sociales que garanticen, a largo plazo, la transformación sociopolítica e identitaria árabe-islámica de los países árabes en una identidad *medio-oriental* en la que Israel está llamado a jugar el papel central de potencia regional incuestionable², y para la que se impone, además de la consolidación de la *normalización* económica arabe-israelí, la adecuación de las estructuras económicas árabes al sistema neoliberal mediante la apertura definitiva de sus economías a las inversiones pri-

1 Véase la reproducción de su presentación en: <http://www.heritage.org/Research/MiddleEast/wm179.cfm>

2 Véase en CSCAweb: Alloush, I.: “Jordania y la estrategia sionista en el Mundo Árabe”: http://www.nodo50.org/csca/miscelanea/jordania-alloush_18-02-02.html

vadas extranjeras y la inserción de sus mercados en el sistema de la economía globalizada.

Desde el más característico discurso globalizador, los *expertos* de la Administración Bush entienden que la *amenaza* que afronta la cultura de EEUU —“el terrorismo internacional”— surge y se ubica en los sistemas educativos, sociales y políticos actuales de países como Egipto, Arabia Saudí o el propio Iraq. Frente a los modelos sociales y políticos que representan estos Estados (y la acusación que se les imputa de ser la fuente y origen de grupos como al-Qaeda), la solución definitiva pasa por imponer por todos los medios posibles el modelo occidental que, reclamando formalmente *democratización*, *liberalización* y *occidentalización*, controle y neutralice las posibles amenazas a los intereses de EEUU en el mundo árabe.

Pero la imposición de este proceso —adulterado bajo el discurso de “[...] retar a los países árabes a abrazar la democracia, la paz y las oportunidades para formar parte del mercado mundial globalizado”— requiere, como señaló el propio Powell³, resolver prioritariamente las dos grandes cuestiones que han impedido en los últimos diez años la consolidación del “Nuevo Orden Regional”: el conflicto árabe-israelí (esencialmente el palestino-israelí) y la *cuestión* de Iraq.

Para ello, en lo que a Palestina respecta, EEUU ya ha dado vía libre a Israel para que, tras el fracaso del proceso negociador de Oslo (a ello dedica *Nación Árabe* el Informe central de este número) y, con éste, de su pieza clave, el proceso de *normalización* económico árabe-israelí —es decir, la inserción económica de Israel en la región árabe y de ésta en la economía globalizada—, imponga una solución militar a la Intifada y a la cuestión palestina. Esta solución, que ha encontrado el acomodo de los regímenes árabes aliados de EEUU y de Israel, se ha intensificado desde el 11-S al abrigo de la “campana contra el terrorismo”, que ha per-

mitido al gobierno de Ariel Sharon y a la Administración Bush criminalizar el derecho a la resistencia palestina identificándola perversamente como *terrorismo*, cambiando las reglas del juego impuestas hace diez años a los palestinos y anulando los referentes legales alcanzados en Oslo: la legitimidad de la Autoridad Palestina y de sus instituciones ha quedado anulada y es ahora Israel y EEUU, con la complicidad de la Unión Europea (UE) y de las propias NNUU, quienes pretenden designar la representación política palestina imponiendo un proceso de reforma política interna en el peor de los escenarios posibles, el de la represión brutal y el de la ocupación militar israelí. A la espera de que el nuevo ordenamiento regional que abrirá la intervención armada contra Iraq permita reconducir el proyecto más ansiado del sionismo —la estabilización de Israel como potencia militar, económica y tecnológica regional a través de su inserción en el espacio árabe—, Israel gana tiempo y, vía represión y más ocupación, avanza en la ejecución de hechos consumados sobre el terreno para favorecer un nuevo éxodo masivo de población palestina que contribuya a garantizar el control efectivo —territorial y demográfico— de ya toda la Palestina histórica.

El esfuerzo de estos diez años que con tan alto precio de sacrificio y muerte ha pagado el pueblo palestino se vuelve contra sí mismo cuando el aplastamiento de su lucha y de sus legítimas aspiraciones nacionales pretende imponerse, no ya por la humillación y el drama cotidiano de la supervivencia frente a la agresión inmisericorde de la ocupación, sino por la determinación israelí y estadounidense de *crear* una nueva dirección palestina que se acomode a las exigencias de Israel dando finalmente carta blanca a la rendición y al sometimiento, cuando no a un nuevo éxodo —que eufemísticamente se ha denominado *transfer*— que habría de provocarse a la sombra de la nueva guerra contra Iraq.

3 Op. cit.: <http://www.heritage.org/Research/MiddleEast/wm179.cfm>

UN 'PROTECTORADO' PARA IRAQ

En lo que respecta a Iraq, la resolución de esta cuestión ha requerido el diseño de una acción mucho más sofisticada, pues no en vano Iraq —potencial de recursos humanos, económicos y territoriales— sigue siendo, con las segundas reservas de petróleo del mundo y a pesar de haber estado sometida a un brutal proceso de desestructuración socioeconómico por medio del embargo, el referente árabe e internacional de la negativa al acatamiento del dictado imperial. Desenmascarado ya el argumento del *desarme* iraquí o el de la “democratización interna”, el objetivo explícito de la próxima guerra de EEUU contra Iraq es el control del suministro y del precio del petróleo árabe, y la consolidación de su hegemonía política, económica y militar frente a potencias medias que —como la UE, Rusia o China— pugnan por penetrar los mercados de Oriente Medio.

Para ello, el derrocamiento del gobierno iraquí y la redefinición del Estado de Iraq constituyen un imperativo absoluto, especialmente cuando tras 12 años de sanciones genocidas Iraq —sociedad y régimen— no solo ha resistido el envite de su aislamiento sino que ha alcanzado importantes cotas de reinserción internacional que, de no mediar una intervención militar, hubieran augurado un rápido levantamiento —o derrumbe— de las sanciones y, con ello, la reactivación de su potencialidad humana, política, económica y militar frente a los dictados regionales del imperio. Descartado el modelo de Afganistán (intervención militar y ordena-

ción política y económica mediante un gobierno local designado por EEUU), se impone para Iraq la lógica de la invasión, la ocupación y el *protectorado* directo bajo un gobierno militar estadounidense que, a fin de paliar la hostilidad árabe, podrá recurrir al nombramiento de una “autoridad civil” emanada de NNUU⁴. No se cuestiona, sin embargo, que serán los militares estadounidenses quienes ostenten desde el inicio de la ocupación la autoridad para controlar los pozos de petróleo iraquíes y su gestión económica⁵, así como la apertura de procesos judiciales contra dirigentes iraquíes a los que se acusará de Crímenes de Guerra.

Igualmente, será la autoridad militar de EEUU quien instaure y supervise las reformas internas que modifiquen las instituciones políticas, económicas y militares de Iraq hasta que una nueva configuración administrativa permita la designación con ciertas garantías de un gobierno (caso de mantenerse la unidad territorial del Estado) o varios gobiernos (caso de dividir administrativamente el país en entidades étnico-confesionales), necesariamente tutelado/s por EEUU y que habrán de asegurar los intereses estratégicos estadounidenses antes de proceder a la evacuación militar.

Se trata, en definitiva, de operar militarmente en el menor tiempo posible en beneficio de un cambio en el desarrollo político y socioeconómico del país que deje las riendas del poder en *títeres* —previamente mercenarios— de Washington, abra la penetración del liberalismo económico y energético y, una vez alcanzada esta meta, pueda satisfacer con el petróleo iraquí no solo la *recons-*

4 Véase en CSCAweb: “La Administración Bush detalla el programa para instaurarse como nueva potencia colonial en Iraq tras su invasión militar”, http://www.nodo50.org/csca/agenda2003/nota_9-01-03.html

5 “Las reservas probadas de Iraq, calculadas en 112.000 millones de barriles de petróleo, son las segundas del globo después de las de Arabia Saudí. Dado que nadie ha realizado prospecciones geológicas en Iraq durante décadas, la cifra real podría ser aún más elevada, [...] 250.000 millones de barriles. Gran parte del petróleo iraquí que ya ha sido descubierto sigue estando infraexplotado. [...] En total, las estimaciones hablan de una producción de unos 5 millones de barriles de petróleo al día que aún esperan a ser explotados; de ellos, la gran mayoría es ‘petróleo fácil’, que está cerca de la superficie y cuya extracción es muy barata. Es más: Iraq cuenta con zonas ricas en petróleo sin explorar en el desierto occidental y en el noroeste del país.” (al-Kadiri, R., *Middle East Report*, núm. 220, otoño de 2001. Traducido en CSCAweb: “Raad Alkadiri: La ‘fiebre del oro negro’ iraquí. Petróleo y comercio regional”, http://www.nodo50.org/csca/iraq/merip_27-05-02.html).

trucción del país sobre la brutal devastación que estos 12 años de guerra y sanciones ha inflingido a Iraq en sus infraestructuras, recursos y desarrollo, sino, a más largo plazo, garantizar las necesidades estadounidenses de suministro energético a bajo precio y limitar al tiempo el acceso al petróleo árabe de sus competidos del mudo industrializado.

La Administración Bush ha desistido por el momento de vincular en una primera fase a ninguno de los denominados grupos de oposición en el exilio. A pesar del caudal de fondos y esfuerzos que las dos últimas Administraciones estadounidenses han activado a través de la CIA, el Pentágono y el Departamento de Estado, para hacer emerger un bloque opositor unitario a modo de interlocución *alternativa* al gobierno iraquí que avalara la intervención estadounidense en Iraq⁶, la fragmentación y rivalidad de intereses que subyacen en el entramado de estos grupos ha determinado que su participación se reduzca a la primera fase de la intervención —la militar— como guías y traductores de las tropas estadounidenses. Para ello se han reclutado más de mil hombres en el exterior y en el Kurdistán iraquí, que reciben ya entrenamiento militar en una base de la OTAN en Hungría.

Partidarios unos de un futuro para Iraq de división territorial y política —*informal* pero efectiva— desde criterios étnicos y confesionales (caso de los kurdos UPK y PDK, el Acuerdo Nacional Iraquí o los proiraníes del Consejo Supremo de la Revolución Islámica de Iraq) y abiertos oportunistas otros con pretensiones de crear un sistema federal en Iraq que permita la reinstauración de la monarquía (como el

Consejo Nacional Iraquí, CNI), todos ellos se han retratado estos años como lo que son: serviles vasallos de EEUU, de quien han recibido fondos y consignas para ser mercenarios en la devastación final contra su propio pueblo a cambio de recibir promesas de un reparto que no ha de ser.

Frente a ellos, la emergencia de un bloque de nacionalistas iraquíes de distintas corrientes, agrupados en torno a la Alianza Nacional Iraquí, marca la diferencia de quienes, sin renunciar a sus divergencias políticas con el actual régimen iraquí, han decidido hacer de la resistencia contra la agresión de EEUU causa prioritaria de su labor política y de su compromiso nacional con Iraq, todo ello en un momento de máxima emergencia en que el futuro del país —territorio, población y recursos— pende bajo la amenaza de la desintegración, la regresión social, la recolonización extranjera y el sometimiento a los dictados imperiales de EEUU. Fieles a las consignas del nacionalismo árabe, buena parte de este bloque opositor reclama para el mundo árabe un renacimiento del panarabismo desde los principios del pluralismo político, el concepto de ciudadanía y democracia efectiva —frente al resurgir confesional y étnico—, la soberanía nacional y la independencia, principios todos ellos que —reclaman— deben activarse en todos los países árabes para defender colectivamente Iraq de la agresión militar extranjera⁷.

IGNOMINIA OFICIAL ÁRABE

A falta de legitimación para emprender un proyecto de intervención de tal envergadura, y ante el abrumador rechazo popular

6 Desde la aprobación por el Congreso estadounidense del “Acta de Liberación de Iraq” (1998), EEUU ha destinado más de 101 millones de dólares a la financiación y al adiestramiento militar de los grupos de opositores en el exilio, principalmente a la coalición del Congreso Nacional Iraquí (CNI), a las formaciones kurdas PDK y UPK, al Consejo Supremo de la Revolución Islámica en Iraq (CSRII) y al Acuerdo Nacional Iraquí (ACN). Igualmente, desde 1991, instancias como la CIA, el Pentágono y el Departamento de Estado han organizado y supervisado reuniones y encuentros de estos grupos de oposición en diversos lugares y fechas. Sobre la oposición iraquí en el exilio, véase en CSCAweb: http://www.nodo50.org/csca/agenda2002/iraq/nota_9-12-02_2.html

7 Véase en CSCAweb: “La oposición patriótica iraquí lista para regresar y defender el país de la agresión de EEUU”, http://www.nodo50.org/csca/agenda2003/entrev_2-01-03.html

que la guerra despierta entre la población iraquí, árabe e internacional, la Administración Bush (como antes hiciera la de Clinton) ha operado activamente, no solo en el ámbito de NNUU imponiendo mediante la resolución 1441 un sistema de inspecciones absolutamente lesivo para la dignidad de Iraq (pero que no ha conseguido demostrar que el país esté en posesión de armamento de destrucción masiva) y que legitima *de facto* la intervención, sino forzando el soporte de los regímenes árabes aliados.

Casi todos los regímenes árabes han acabado por aceptar lo ineluctable de la campaña estadounidense contra Iraq, y, al igual que en ocasiones anteriores, muchas diplomacias árabes han obrado entre bastidores de forma inversamente proporcional al contenido de sus declaraciones públicas. Arabia Saudí, que comenzó negándose a prestar sus bases al ejército de EEUU, ha terminado por sugerir, tal y como se preveía, que sí dará el visto bueno. Qatar, en una postura que demuestra el grado de impotencia política y degradación ética de las oligárquicas elites árabes, decía en la última reunión del Consejo de Colaboración del Golfo celebrada en Doha en diciembre de 2002, a través de su ministro de Exteriores, que “[...] muy poco podemos hacer los Estados del Golfo si EEUU decide atacar a Iraq”. De esta forma justificaba el acuerdo de seguridad firmado con Washington que ha permitido a ésta hacer de la base militar qatarí de Aydid su centro de operaciones en la región⁸. Y también de esta forma los Estados del Golfo (Qatar, Kuwait, Bahreín y los demás) renunciaban a su soberanía desistiendo de rogar siquiera a EEUU que revise el plan de utilizar su territorio para lanzar el ataque.

Por su parte, el presidente egipcio, Hosni Mubarak, que aseguró a los iraquíes que cumpliendo las resoluciones y accediendo a las demandas de EEUU evitarían la agresión no ha hecho nada por hacer de garante de sus compromisos. Al contrario, al tiempo

que procura desactivar la Intifada palestina, sigue haciendo de corre de más y más recados en cuyo contenido él nada puede influir. Y, según se dice, algunos dirigentes árabes como el yemení Abdallah Sáleh o el tunecino Ali Zein al-Abidin se han ofrecido a mediar ante el *dictador* iraquí para que abandone su cargo y ahorre a su pueblo un nuevo padecimiento: escasa legitimidad tienen los líderes árabes, conocidos por su apego al trono, para pedirle a nadie que deje el poder.

Sin duda alguna, el colapso de la autonomía política oficial árabe ha permitido el avance de las tesis bélicas estadounidenses. En la reunión ya aludida de los Estados del Golfo el representante qatarí aducía una de las razones: al no haber un concepto común interárabe de seguridad regional, cada Estado se ve impelido a buscar sus apoyos por su cuenta... en EEUU. A ésta se suma otra razón más importante: al carecer de legitimidad, al no tener el apoyo de su población, al llevar a cabo políticas que van en contra no sólo de la voluntad de la mayor parte de sus ciudadanos sino también de los propios intereses económicos y geoestratégicos, los grupos dirigentes árabes necesitan de un sostén externo que les proteja del interior y de posibles rivales regionales. Esto lo han comprendido bien en la Casa Blanca, que ya ni siquiera se molesta en consultar a sus aliados árabes; le basta con enviar a delegados de tercera o cuarta fila que comuniquen las decisiones de Washington. Hay un detalle que llama poderosamente la atención en el modo en que EEUU ha gestionado la cuestión iraquí en contraste con la crisis con Corea del Norte. Este detalle tiene que ver con la reacción de sus aliados regionales: mientras que los árabes, desde Marruecos a Arabia Saudí, han favorecido con su absentismo y su hipocresía que la Casa Blanca no tenga empacho en decir que no piensa consultar a nadie, por lo menos en la región, su decisión final sobre Iraq, la

⁸ Véase en CSCAweb: “El Pentágono moviliza su arsenal militar más sofisticado para invadir Iraq a comienzos de 2003” en: www.nodo50.org/csca/agenda2002/iraq/nota_11-11-02_2.html

actividad de Corea del Sur y Japón —tan amigos o más de EEUU que Jordania, Egipto y compañía— ha conducido a una política de contención y ha motivado que Washington utilice un lenguaje respetuoso y medido respecto a Seúl y Tokio, dos capitales donde la gente puede manifestarse y decir al menos lo que piensa, que no hemos visto en los contados momentos de discrepancia surgidos con sus aliados árabes. Corea del Sur y Japón saben que una escalada de la tensión entre EEUU y Corea del Norte nunca redundará en su provecho. Los países árabes sospechan también que la invasión de Iraq no les va a aportar ninguna ganancia sino todo lo contrario. Pero ellos han perdido la capacidad para hacer valer o expresar al menos sus intereses.

AZNAR: A FAVOR DE LA GUERRA, CONTRA LA VOLUNTAD POPULAR

En este contexto, poco puede criticarse desde el mundo árabe a los países que, sin mantener lazos raciales, religiosos o históricos con Iraq, han hecho causa común con EEUU para dar vía libre a una guerra injustificable. Curiosamente, a medida que decrecen los motivos objetivos para otorgar legitimidad a la guerra contra Iraq aumentan los preparativos bélicos y los apoyos internacionales. Francia daba a entender recién iniciado el año 2003 que, llegado el momento, podría participar en la contienda; al mismo tiempo, el canciller alemán Gerhard Schröder declaraba que su postura inicial de oponerse a la campaña de Bush, factor determinante de su última victoria electoral, podría revisarse, si bien se comprometía a no enviar tropas. De esta manera, los dos países europeos más reticentes en un principio han ido sumándose a los presupuestos norteamericanos. Y puesto que los valores éticos, morales y humanos carecen ya de peso específico y lo que prima es el interés económico y el rédito material, no se puede

achacar a Francia y Alemania que, ya que nadie quiere enarbolar el estandarte del pacifismo, corran también a asegurarse su parte del pastel iraquí. No resulta complicado imaginarse de qué forma presiona Washington a los aliados reticentes: se les amenaza con dejarles al margen del control de las riquezas petrolíferas, con impedirles cualquier ascendente sobre los grupos locales que habrán de regir el Iraq del día después, con dificultarles el desarrollo de unas relaciones privilegiadas con otros Estados ricos en la zona, etc.

Y qué decir de la postura del gobierno español si no que es a un tiempo inmoral, cínica y estúpida: inmoral porque se refugia en las mentiras ajenas para justificar su sumisión a la lógica bélica impuesta desde Washington y Londres; cínica porque el abierto apoyo de ahora a la guerra sucede sin discontinuidad alguna a la aproximación diplomática y política de hace apenas dos años por parte de este mismo ejecutivo español a ese mismo gobierno iraquí que ahora se pretende derrocar; y estúpida porque presupone que los beneficios comerciales y económicos que motivaron aquella firme aproximación de hace unos pocos años a Iraq se van a preservar apoyando a EEUU en una guerra que, siendo esencialmente de lógica económica, dará paso a una posguerra de rapiña en la que no habrá lugar para los actores de figuración.

Según las encuestas más recientes, en torno al 80% de la población del Estado español se opone a la guerra contra Iraq y al apoyo del gobierno español a la misma: curiosa situación ésta, en la que nuestros dirigentes se aprestan a apoyar la imposición militar de la *democracia* y los *derechos humanos* en Iraq llevándose aquí por delante la legalidad de la que dicen ser depositarios por decisión de las urnas e ignorando la opinión mayoritaria de los ciudadanos. ■

Comité de Solidaridad con la Causa Árabe